

ala delta

Consuelo
JIMÉNEZ DE CISNEROS

VAQUEROS DE MARCA



Víctor está acostumbrado a la «buena vida». Sólo parecen preocuparle la ropa de marca y divertirse con sus amigos. Cuando las cosas se tuercen en la empresa de su padre, las inquietudes de Víctor comienzan a ser bien distintas.

Consuelo Jiménez de Cisneros se dedica a la docencia, a la investigación y a la creación literaria. Su primera obra de Literatura Infantil y Juvenil fue la ganadora del *V Premio Ala Delta*.

*Para María, porque le debo una dedicatoria.
Para Paloma, que me dio la mejor noticia del año.
Y para Encarna, por su sonrisa.*

Índice de contenido

Cubierta

Vaqueros de marca

Capítulo primero. En que se empieza a contar la buena vida de un niño bien.

Capítulo segundo. En que se sigue contando la buena vida de un niño bien.

Capítulo tercero. En que al niño bien empieza a irle mal.

Capítulo cuarto. En que el niño bien lo pasa francamente mal.

Capítulo quinto. En que algunas cosas empiezan a aclararse.

Capítulo sexto. En que el niño bien deja de ser un niño bien y se convierte en un currante.

Capítulo séptimo. En que se da cuenta de una visita navideña.

Capítulo octavo. En que se ve que las fiestas navideñas pueden deparar auténticas sorpresas.

Capítulo noveno. En que se empieza a hacer verdad el dicho de «año nuevo, vida nueva».

Capítulo décimo. En que se describe lo que es un viaje cultural, para quien no lo sepa.

Capítulo undécimo. En que se da noticia de un desgraciado accidente y sus consecuencias.

Capítulo duodécimo. En que se comprueba que no hay mal que por bien no venga.

Notas

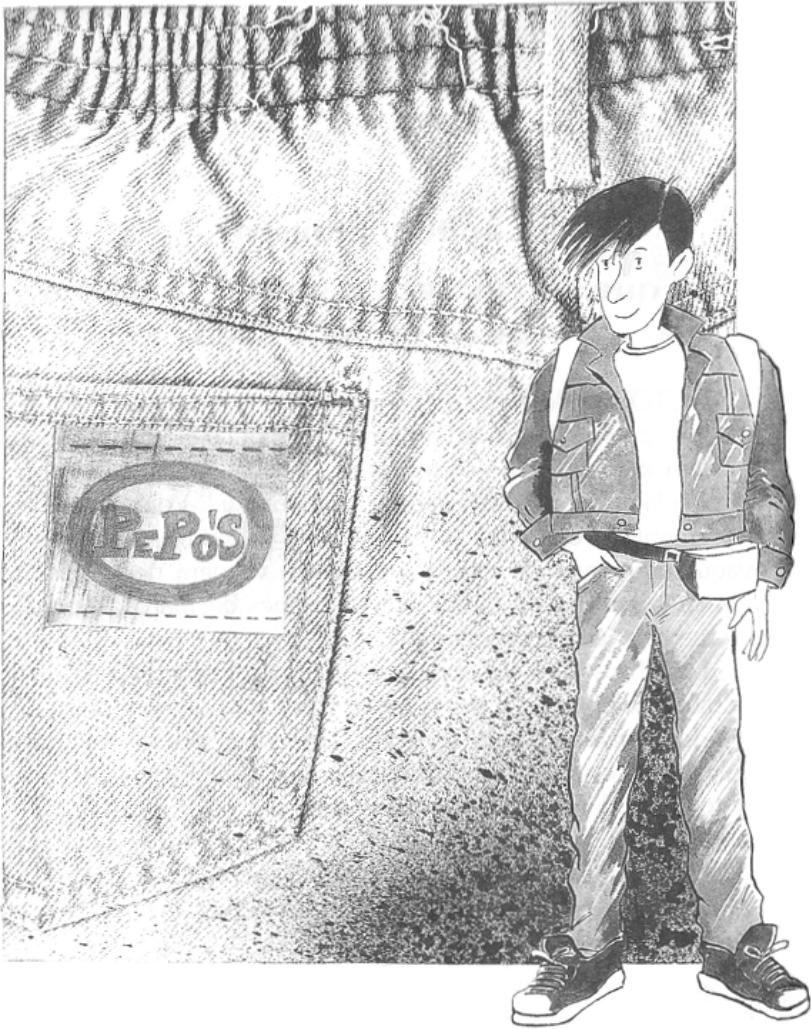
Capítulo primero

En que se empieza a contar la buena vida de un niño bien

VÍCTOR se despertó de golpe. ¡Primer día de clase del nuevo curso! Abrió la ventana: se dibujaba una mañana nítidamente gris, como corresponde a una ciudad grande y contaminada en otoño. Miró satisfecho la ropa y los objetos cuidadosamente preparados la víspera por su madre: pantalones vaqueros nuevos de marca y chaqueta vaquera de la misma marca, zapatillas de marca con calcetines de marca, mochila de marca a juego con riñonera de marca...

Los libros, aún sin abrir, ya forrados y etiquetados con su nombre, se apilaban sobre la mesa. La música *roquero* de su radio-despertador seguía sonando, y la dejó puesta mientras calculaba, con precisión milimétrica, que contaba con diez minutos para ducharse, cinco para vestirse y otros diez para desayunar.

En la cocina comedor, su madre lo esperaba con el vaso de zumo recién exprimido, con el tazón de leche y cereales y con las tostadas calentitas y crujientes...



Víctor salió de casa dejando un rastro de colonia de las caras, con olor a lavanda. El autobús y él llegaron a la parada al mismo tiempo. El día comenzaba a rodar igual que un coche bien engrasado: seguro y suave. Como a él le gustaba.

* * *

–¡Hola, tío!

–¿Qué pasa, *troncos*?

–Os tengo que contar un ligue bestial que me hice este verano –dijo Richi, mientras pensaba que vaya mochila *molona* llevaba Víctor... ¡*Molaba* cantidad!

–Yo me dediqué a hacer músculos; ya sabéis... –informó Quique, elucubrando de dónde habría sacado Víctor la riñonera a juego con la mochila tope *guay*–. Y como a las nenas los musculitos les encantan...

Ante lo evidente de sus miradas, Víctor sacó de dudas a sus amigos.

–Mi madre me trajo de Andorra la mochila y las otras cosas... Son de una casa de deportes nueva, una marca suiza.

–¡Cómo farda, tío!...

–¿Y tú qué tal te has *enrollado* este verano? –La pregunta iba dirigida a Pepe, el más íntimo de Víctor.

–Psche, ni fu ni fa.

–Pero has *ligado bronce*...

–Es que estuvimos en Benidorm, en un apartamento...

–¡En Benidorm se liga cantidad!

–Bah, no te creas. Y como me habían quedado el inglés y las mates, tampoco me dejaron salir mucho. A la playa sí, pero otra cosa...

–A mí la playa me *mola*...

En ese momento pasaba por su lado el profesor de Lengua del curso anterior y alcanzó a oír sus últimas palabras. Se les plantó delante, los miró con guasa y recitó:

–Me *mola*: me agrada, me gusta, me atrae, me divierte, me admira, me encandila, me fascina... ¿Qué es lo que queréis decir exactamente?

Víctor, Pepe, Richi y Quique quedaron mudos. Nunca sabían si el profesor de Lengua hablaba en serio o si quería quedarse con ellos y tomarles el pelo.

¡Riiiiiiiiin!

El timbre de entrada a clase cortó la conversación de los tres mosqueteros y d'Artagnan, como los llamaba la tutora de octavo desde que los viera siempre juntos –aunque nunca se supo quién de ellos era d'Artagnan–. Eran la panda, una piña, el grupo más desesperante para los profesores, que tenían que cambiarlos de sitio para que no conspiraran preparando alguna gamberrada de las suyas ni alborotaran la clase.

Los cuatro llevaban vaqueros de marca, sudaderas de marca, «tenis» de marca... Richi, además, lucía una gorra de marca encasquetada hasta las cejas, cosa que no tenía mucho sentido en aquel día nublado y menos aún en el interior del aula.

La primera clase era precisamente... ¡la del profesor de Lengua del año anterior! Para describirlo en dos palabras: un hueso. Un rumor de naufragos sin salvavidas recorrió el aula. Después de pasar lista en un silencio de iglesia, el profesor hizo que Richi se quitara la gorra cuando constató que se la ponía al revés imitando a un héroe de la tele y distrayendo con sus gestos a cuantos tenía alrededor.

Víctor se rió por lo bajo. Estaba sentado en la última fila, la más tranquila para ellos y la más movediza para los profes, la zona peligrosa a la que pocos se atrevían a acercarse. Generalmente, allí se ponían los pasotas, los que no tenían interés en la materia y sabían que, si no estorbaban mucho, no serían estorbados.

Pero el primer día había que dar la nota, para que toda la clase supiera que ellos estaban allí. Richi la dio con la gorra, Pepe silbando y Quique haciendo persistentes ruidos con el bolígrafo, hasta que el profesor de Lengua, después de varias miradas taladradoras, le ordenó estarse quieto.

Víctor se puso a pensar qué podía hacer para que también le llamara la atención a él. Tenía que estar a la al-

tura de sus colegas... ¿Qué era aquello que le asomaba por el bolsillo de la cazadora? ¡Las gafas de espejo!

Las sacó con precaución, agachó la cabeza y se las puso. Sabía que, ocultando su rostro, conseguiría crisparle los nervios al adusto profesor. Y así fue. El de Lengua no tardó ni cinco minutos en reaccionar.

—¡Víctor Santoña! ¿Desde cuándo necesitas gafas?

Algunos pelotas le rieron la gracia.

—Ya que no ves bien, quizá sea mejor que te sientes en primera fila. Así no tendrás problemas. Conque cámbiate. ¡Ahora mismo!

Víctor se levantó arrastrando la silla para hacer todo el ruido posible. Se le cayeron al suelo los libros, tropezó con el pupitre de Quique, que estaba en la esquina de la fila, y, a trompicones, entre los cuchicheos y las risitas de todos, llegó al único lugar vacío de la primera fila, donde se sentó con el mismo estrépito con que se había levantado.

Una vez allí, al ver más de cerca el ceño del profesor, pensó que ya bastaba con eso. Él había estado *súper*, puesto que había conseguido irritar al profe como ninguno de sus colegas.

El resto de la clase transcurrió con sosiego. Víctor se sorprendió al comprobar que en la primera fila se enteraba de todo mucho mejor que en la última. Hasta le entraban ganas de escuchar. Por otro lado, su compañera no lo molestaba en absoluto. Mejor dicho, no le prestaba la menor atención. Parecía concentrada sólo en el libro y en los apuntes que tomaba al dictado.

Víctor la miró de reojo. Era una chica nueva, de apariencia insignificante. Llevaba unas gafas redondas de culo de botella y aun así arrugaba la nariz como si fuera una ratita o como si su miopía fuera más allá de los cristales. Aquella chica era todo un espécimen, como algunos compañeros del curso anterior a los que decidieron motejar

Culo de pato o *Microseta*, porque el uno andaba contoneándose a causa de sus gorduras y el otro era muy bajito.

¡Ya lo tenía! Le pondría un mote. ¡*Ratita* sonaba genial para aquella chavala! En verdad lo parecía, con su pelo liso y tirante recogido en una coleta en lo alto de la cabeza. La imagen típica de la empollona insoportable. ¡Con razón nadie se había sentado a su lado!

Las primeras horas se hicieron largas, pero todo llega, y también llegó el recreo. Víctor se reunió con sus amigos; entre todos rieron las bromas inaugurales. El mote de *Ratita* fue muy celebrado y se divulgó rápidamente por el patio a través del método boca-oído.

La mayor parte de las chicas hacía rancho aparte, y la *Ratita*, ignorante de su sobrenombre, charlaba animosamente con otras congéneres mientras mordisqueaba un bocadillo. En realidad se llamaba Adriana. Víctor lo recordaba de cuando el profe había pasado lista. Adriana... Un nombre que sonaba a algo mágico, infrecuente; podía tratarse de un nombre de hada o de bruja.

Víctor se sorprendió al comprobar que la estaba mirando. A fin de cuentas, ¿qué le importaba aquella empollona cursi? Malhumorado, se volvió hacia sus compañeros. Mas antes pudo comprobar que la ratita Adriana también lo miraba a él.

* * *

¡Riiiiiiiiiiiiin!

Final de las clases.

Todos salían atropelladamente por la puerta del patio, zarandeando sus mochilas, arrastrando sus chaquetas, empujándose unos a otros como si les faltara el aire hasta pisar el asfalto de la calle. Víctor consiguió salir de los primeros. Y entonces volvió a verla.

La *Ratita* se había puesto un casco enorme que cubría su cabeza casi por completo y, subida a un radiante ciclo-

motor amarillo, sin que se le vieran las gafas ni la coleta, parecía otra cosa. ¡Caray con la niña! Y eso que los vaqueros que llevaba no eran de marca...

Capítulo segundo

En que se sigue contando la buena vida de un niño bien

–¡MAMÁ! ¿Qué hay para comer?
–¡Vaya, hombre! ¿Ésa es forma de saludar? Anda, siéntate, que ya está puesta la mesa.

Víctor se sentó y se sirvió, con gran apetito, un enorme plato de arroz a la cubana rociado con mucho *ketchup*.

–¡Mmmm! Está buenísimo. Oye, ¿queda Coca-cola?

–Mira a ver en el frigo...

Su madre estaba ocupada dando de comer a Patricia, la pequeña de la casa, que con sus dos añitos aún no comía sola. Víctor se levantó y, al pasar, le hizo una carantoña a su hermana.

–¡Hola, *Patita*! Cuti, cuti, cuti...

La niña se echó a reír. Parecía encantarle que su hermano le prestara atención. Golpeó la cuchara contra el centro del plato y salpicó el mantel.

–¡Víctor! No te acerques a tu hermana cuando está comiendo. Te lo he dicho mil veces.

Pacientemente, la madre limpió con un paño el puré de verduras que había saltado del plato. Víctor se sirvió un espumoso vaso de Coca-cola y, desde su sitio, siguió haciendo muecas a su hermana. Era una suerte que su padre no llegara hasta más tarde, cuando ya habían acabado de comer. Porque, con el padre en la mesa, no se podía hacer tonterías.

—Y qué, ¿no me cuentas nada?... ¿Cómo te ha ido en clase?

—¡Muy bien! La de Historia nos ha dicho que este curso haremos un viaje.

—¡Vaya, qué suerte! ¿Y adónde?

—Pues a París...

Sí. Marisa, la profesora de Historia, lo había propuesto. Un viaje cultural, por supuesto; pero ya se sabe lo que son esos viajes culturales: uno remolonea detrás del guía del museo, se pasea en autobús de acá para allá... y por la noche es cuando viene lo bueno, la juerga en las habitaciones.

Aunque estaba prohibido, siempre había alguien que llevaba una botella de algo (afortunadamente, eran tantos a compartirla que apenas llegaban a catarla). Se fumaba, se bebía, se escuchaba música, se ligaba cuando se podía. Eso si no había sesión de discoteca, que era lo mejor; aunque la presencia del profe acompañante siempre cortaba un poco.

—Podéis hacer muchas cosas para sacar dinero para el viaje —había dicho la profesora—. Vender lotería de Navidad, encargar camisetas pintadas, organizar una fiesta...

De todas las sugerencias, la que más éxito tuvo fue la de la fiesta. A decir verdad, Víctor no necesitaba realizar este tipo de actividades para conseguir dinero, porque sus padres le pagaban todos los caprichos sin rechistar.

Su padre tenía un almacén de calzado que funcionaba muy bien y le reportaba cuantiosos beneficios económicos, con lo que podían vivir desahogados.

En cuanto a su madre, desde que tuvo a la pequeña Patricia dejó de trabajar como administrativa en el almacén de su marido. Pensaba reincorporarse cuando la niña cumpliera tres años y empezara a ir al colegio. Ella opinaba que los niños pequeños con quien mejor están es con sus madres. También cuando nació Víctor lo dejó todo para dedicarse a criarlo. Y ahora a Víctor le convenía que si-

guiera en casa, porque así lo encontraba todo siempre a su gusto.

Su madre había intentado en varias ocasiones que él colaborase un poco en las tareas domésticas, pero sus esfuerzos no habían dado fruto. Víctor siempre encontraba excusas a la hora de poner y quitar la mesa o de ordenar su habitación.

–¡Estoy estudiando!

–¡Estoy en el baño!

–¡He quedado con Quique!

–¡Hoy tengo muchísimos deberes!

Y su madre, que era un pedazo de pan, si oía hablar de deberes o de estudios, no insistía; y si oía que había quedado con los amigos..., pues tampoco.

Su padre era diferente. Más de una vez había tronado:

–Pati, lo estás mimando demasiado. Este chico necesita mano dura. Como no pase el curso, lo meto a trabajar de repartidor...

Pero Víctor sabía que tronaba en vano, como esas tormentas estivales que arrancan con gran violencia y luego se quedan en nada. «Perro ladrador, poco mordedor», que dice el refrán. A lo más que había llegado era a prohibirle salir alguna que otra tarde o a recortarle la paga semanal. Lo cual tampoco constituía un problema irresoluble. Porque Richi, Quique y Pepe disfrutaban de un régimen de «libertad vigilada» similar al suyo, y siempre había alguno con dinero en el bolsillo que no tenía inconveniente en prestárselo a sus amigos.

–Hoy por ti, mañana por mí, tío...

* * *

Víctor, que era de mucho comer, engullía la cena sin dejar de mirar la pequeña televisión portátil de la cocina. Por fin acababa el rollo de las noticias y aparecía la publicidad, que era lo que le encandilaba.